

niendo una baja idea de sí propio y del mundo, pudiese doblegarse bajo el peso de la autoridad necesaria y sufrir el yugo que su rebelde naturaleza rehuye y debe soportar. Tal es, en efecto, el deseo que sugiere ese espectáculo de la Restauración inglesa. El hombre merecía entonces ese tratamiento, porque inspiraba entonces esa filosofía; va á presentarse en escena tal y como se ha mostrado en la teoría y en las costumbres.

VII

Cuando los teatros, cerrados por el Parlamento, volvieron á abrirse, no tardó en notarse que había cambiado el gusto. Shirley, el último de la gran escuela, no escribe ya y muere. Davenant, Buckingham y Dryden se ven obligados á retocar las obras de Shakespeare, de Fletcher y de Beaumont, para ajustarlas á la moda. Pepys, que va á ver el *Sueño de una noche de verano* (1), declara «que no volverá allí nunca, porque es la obra más insípida y ridícula que ha visto en su vida». La comedia se transforma: es que el público se había transformado.

¡Qué espectadores los de Shakespeare y de Fletcher! ¡Qué almas tan juveniles y encantadoras! En aquella sala infecta donde había que quemar enebro, ante aquella miserable escena á media luz, ante aquellas decoraciones de taberna y aquellos papeles de mujeres representados por hombres, se apoderaba de ellos la ilusión. No se preocupaban gran cosa de la verosi-

(1) 1662.

militud; se los podía pasear en un instante por bosques y océanos, de un cielo á otro, al través de veinte años, entre diez batallas y todo un laberinto de aventuras. No iban deseosos de reír siempre; la comedia, después de una expansión de regocijo, recobraba su seriedad ó su ternura. Iban más que á alegrarse á fantasear. Había en aquellos corazones vírgenes como un cúmulo de pasiones y de sueños, pasiones sordas, sueños brillantes, cuyo enjambre aprisionado zumbaba oscuramente, esperando que el poeta llegara á abrirle la novedad y el esplendor del cielo. Paisajes entrevistos á la luz de un relámpago, la blanca meleña de una larga ola que se desploma, un trozo húmedo de bosque donde las corzas levantan su inquieta cabeza, la súbita sonrisa y la mejilla sonrojada de una joven que ama, el vuelo sublime y variable de todos los sentimientos delicados, y por encima de todo, el éxtasis de las pasiones novelescas: he ahí los espectáculos y las emociones que iban á buscar. Subían de suyo á lo más alto del mundo ideal; querían contemplar las magnas generosidades, el amor absoluto; no se asombraban de las escenas fantásticas, entraban sin esfuerzo en la región que la poesía transfigura; sus ojos tenían necesidad de esa luz. Comprendían de golpe sus excesos y sus caprichos; no tenían necesidad de ser preparados; seguían sus divagaciones, sus rarezas, sus exuberantes invenciones, las repentinas prodigalidades de sus colores recargados, como un músico sigue una sinfonía. Hallábanse en ese estado pasajero y extremo en que la imaginación adulta y virgen, henchida de deseos, de curiosidades y de fuerzas, desarrolla el hombre de repente, y, en el hombre, lo más exaltado y exquisito.

Un público de libertinos ocupa ahora el puesto de

esos espectadores. Son ricos, han tratado de afinarse á la francesa, han añadido á la escena decoraciones móviles, música, luces, verosimilitud, comodidad, toda clase de atractivos exteriores; pero les falta corazón. Representémonos esos fatuos medio beodos, que no ven en el amor más que el placer, y en el hombre más que los sentidos: un Rochester en vez de un Mercucio. ¿Con qué parte de su alma podría comprender la poesía y las creaciones fantásticas? La comedia novelesca está fuera de su alcance; no puede percibir más que el mundo real, y, en este mundo, la envoltura palpable y grosera. Ofrecédle una pintura exacta de la vida ordinaria, de los sucesos vulgares y probables, la imitación literal de lo que hace y de lo que es; colocad la acción en Londres, en el año corriente; copiad sus palabrotas, sus bromas brutales, sus conversaciones con las naranjeras, sus reuniones en el parque, sus ensayos de disertación francesa. Que se reconozca á sí mismo, que encuentre la gente y los modales que acaba de dejar en su taberna ó en la antecámara; que el teatro y la calle se toquen. La comedia le proporcionará los mismos placeres que la vida; se arrastrará allí del mismo modo en la vulgaridad y en la basura; no necesitará, para asistir allí, ni imaginación, ni entendimiento; le bastará tener ojos y recuerdos. Esa imitación exacta la suministrará la distracción al par que la inteligencia. Las palabras bajas le harán reír por simpatía, las imágenes descocadas le divertirán por reminiscencia. El autor, además, procura presentarle una fábula que le despierte; se trata, por lo común, de un padre ó de un marido á quien se engaña. Los apuestos caballeros toman, como el escritor, el partido del galán, se interesan en sus progresos, y se creen afortunados juntamente con él.

Unase á esto mujeres á quienes se seduce y que quieren ser seducidas. Esas provocaciones, esos modales de meretrices, el juego de cambios y sorpresas, el carnaval de las citas y de las cenas, el descaro de las escenas extremadas hasta las demostraciones físicas, las canciones picantes, toda esa orgía representada hiere en lo vivo á la gente corrida y amante de devaneos. Y, por remate, el teatro consagra sus costumbres. A fuerza de no representar más que vicios, autoriza sus vicios. Los escritores sientan como regla que todas las mujeres son perdidas y todos los hombres brutos. La disolución entre ellos viene á ser una cosa natural; más aún: una cosa de buen gusto; la profesan. Rochester y Carlos II podían salir del teatro edificados sobre sí mismos, convencidos, como lo estaban ya, de que la virtud no es más que un aspaviento, el aspaviento de los bribones listos que quieren venderse caros.

VIII

Dyrden, uno de los primeros (1) que entra en esta vía, no entra resueltamente. Una especie de vapor luminoso, resto de la pasada edad, ciérnese aún sobre su teatro. Su rica imaginación le retiene, hasta cierto punto, en la comedia novelesca. Un día arregla el *Paraiso*, de Milton, *La Tempestad* y *El Troilo*, de Shakespeare. Otro día, en *El Amor en el convento*, en *El Matrimonio á la moda*, en *El Falso astrólogo*, imita las intrigas y las sorpresas españolas. Nos ofrece, ya

(1) Su *Wild Galant* es de 1662.

imágenes brillantes y metáforas exaltadas como los antiguos poetas nacionales, ya figuras rebuscadas y discreteos como Calderón y Lope. Mezcla lo trágico y lo festivo, las caídas de tronos y las pinturas de costumbres. Pero en esa componenda desdichada ha desaparecido el alma peética de la antigua comedia: no queda más que la vestidura y el dorado. El hombre nuevo se presenta grosero é inmoral, con sus instintos de lacayo bajo su ropaje de gran señor: cosa tanto más extraña cuanto que, en esto, Dryden violenta su talento, porque él es, en el fondo, serio y poeta; de suerte, que sigue la moda y no su talento; se hace el libertino con reflexión y para amoldarse al gusto del día. Desbarra torpe y dogmáticamente; es impío sin energía, con frase estudiada. Uno de sus galanes exclama: «¿Es que el amor, sin el sacerdote y el altar, no es el amor? El sacerdote sirve por su salario, y no se cura de los corazones que une. Sólo el amor constituye el matrimonio.» Ninguna circunspección; nada de tacto. En su *Monje español*, la reina, mujer bastante honrada, dice á Torrismond que va á hacer matar al rey destronado para casarse con él, con Torrismond. A poco les anuncian la muerte: «Ahora—dice la reina—casémonos. Esta noche, esta feliz noche, es vuestra y mía.» Al lado de esta tragedia sensual, un enredo cómico con motivo del amor de un caballero por una mujer casada, que al fin resulta ser hermana suya. Dryden no ve en este desenlace nada que hiera su corazón. Ha perdido hasta las más vulgares repugnancias del pudor natural. Cuando traduce una obra arriesgada, *Anfitrión*, por ejemplo, la estima demasiado modesta; quita las atenuaciones; agrava el escándalo. «El rey y el sacerdote—dice Júpiter—están obligados en cierto modo, por convenien-

cia, á ser hipócritas disimulados.» Y tras esto, expone el dios en crudo su despotismo. En el fondo, sus sofismas y su imprudencia son para Dryden un medio de flagelar de rechazo á los teólogos y á su arbitrario dios. «Un poder absoluto—dice Júpiter—no puede hacer mal. Yo no puedo hacérmelo á mí mismo; puesto que hago lo que quiero; ni á los hombres, puesto que todo lo que tienen es mío. Esta noche gozaré de la mujer de Anfitrión, porque, cuando la hice, decreté que me complacería en amarla. Así, yo no agravio á su marido, porque me he reservado el derecho de poseerla mientras me plazca.» Esa pedantería descarada se trueca en descarada lujuria en cuanto ve á Alceme-ne. No se omite ningún pormenor: Júpiter la dice cuanto hay que decir, y delante de sus servidoras; y al día siguiente ella hace más: se cuelga á él, cuando sale y entra en pinturas íntimas. Todas las formas regias de la alta galantería se dejan á un lado como un vestido incómodo; vemos el desenfado cínico en vez del decoro aristocrático; la escena está escrita con arreglo al modelo de Carlos II y la Castlemaine, no de Luis XIV y madama de Montespan.

IX

Paso por varios: Crowne, el autor de *Sir Courtly Nice*; Shadwell, imitador de Ben Jonson; mistress Afra Behn, llamada Astrea, espía y cortesana, pagada por el gobierno y por el público. Etheredge es el primero que, en su *Hombre á la moda*, da el ejemplo de la comedia imitativa, y pinta únicamente las costumbres reinantes. Libertino á cara descubierta, cuen-